

Henri Troyat, *Juliette Drouet, Grandes Biographies, Flammarion, París, 1997*

Evocar la figura del gran poeta del siglo XIX comporta siempre ambigüedades. Toda mujer aspira a ser el más bello amor en la memoria del hombre amado. Víctor Hugo era un hombre al que le gustaban las mujeres. La fidelidad no era uno de sus fuertes; sucumbía frente a la belleza femenina o frente a las tentaciones. Y sin embargo, Juliette Drouet supo aprisionarle entre las alas invisibles de la adoración amorosa durante cincuenta años convirtiéndose en la musa inspirada, en la mujer deseada, en la confidente amistosa, en la secretaria eficiente según las necesidades del insigne escritor.

La vida de Víctor Hugo se halla jalonada de mujeres importantes. La primera es su madre, Sophie a la que el joven adoraba. Sophie Trébuchet fue la mujer del general Hugo, pero en realidad lo que más apreció fue ser la amante del legendario Lahorie. Tanta fascinación ejerció ese hombre en su vida, que muchos pensaron que podía tratarse del padre de Víctor Hugo. Geneviève Dormann sostiene esa tesis. A pesar de todo, el joven Hugo se siente directamente influenciado por el padre, general de Napoleón, símbolo del emperador, que fue durante algún tiempo el padre de todos los franceses. Tras la madre, la novia. Una candorosa Adèle Foucher, que le aportaba todos los perfumes de la ingenuidad y de la virginidad. Una joven a la que Hugo acosaba con su hombría y su contenida sexualidad. Demasiada pasión, demasiado fuego tal vez. Adèle encontró el reposo al carácter turbulento de su marido en uno de sus mejores amigos: Sainte-Beuve. El orgulloso Hugo tardó mucho en aceptar el golpe y las huellas perduraron durante mucho tiempo en su alma. Juliette, la bella Juliette, dulce y reposada, adorable, fue el bálsamo para sus heridas. Fue la pasión apagada la sedienta ansia del gran poeta, del dramaturgo incipiente. Pero Hugo no es un hombre fácil. Exige demasiado a los que le rodean. Fidelidad y exclusividad. Juliette Drouet comprendió muy pronto que las fronteras de su existencia se limitaban a las que marcaba la voluntad imperiosa de Víctor Hugo. Regulaba su vida, sus caprichos, sus deseos, sus ocios, lo regulaba todo y a ella le quedaba tan sólo la opción de esperar anhelante el beneplácito del amado. Luego hubo otras muchas: Léonie Biard, Blanche Lanvin por no citar sino algunas de las más representativas. Toda mujer que se preciase en el siglo XIX deseaba acostarse con Víctor Hugo... El maestro no sabía negarse... Y a veces, hacia el final de su vida, sus deseos de juventud hacían sonreír a los que le rodeaban. Hugo se resistía a envejecer y la mejor manera de probar su eterna juventud era constatar que era capaz de amar y de desear y que podía inspirar el amor en corazones que se albergaban en cuerpos mucho más jóvenes que el suyo. Juliette sufría en silencio, aunque a veces, en contadas ocasiones, se rebelaba y deseaba su puesto, en una fuga sin horizonte, en una fuga condenada al fracaso de antemano porque Víctor

Hugo había conseguido aprisionarla para siempre en las redes de un amor absoluto y exclusivo.

Hemos hablado de la madre, de la esposa, de las amantes. Nos quedan las hijas. Dos hijas que fueron para Hugo dos heridas perpetuamente abiertas. La mayor, la gentil Léopoldine, que murió ahogada poco después de su matrimonio. Hugo no se consoló nunca de la pérdida de esta hija en la que había depositado esperanzas e ilusiones. Ella se convirtió en una de las fuentes principales de inspiración de *Les Contemplations*. Y luego Adèle, la obscura, la secreta Adèle... Malas lenguas atribuían su paternidad a Sainte-Beuve. Pero ella reivindicaba en el fondo de su alma y de su orgullo a Hugo como padre. Adèle que se pierde entre las brumas de la locura, tras haber amado intensamente a un mediocre oficial... Es la Cosette en busca de Marius... Aunque tiene menos suerte que la heroína de *Les Misérables*. Su Marius no quiere saber nada de ella, y su suerte coincide con la de Eponini. Es la única de sus hijos que sobrevive a Víctor Hugo, pero lo hace encerrada en su manicomio, presa de sus angustias. Tampoco ella pudo soportar el crecer, el vivir, el amar a la sombra del gran coloso que fue Víctor Hugo.

Juliette Drouet nació en 1806, cuatro años después que el mismo Hugo. Se llamaba en realidad Julienne Gauvain, y el escritor rinde homenaje a su amante en *Quatre-vingt-treize* al dar su apellido a uno de los héroes más significativos de la novela. Conoció al escritor en 1833 y a partir de ese momento se convirtió en el hada providencial, protectora de Víctor Hugo.

Henri Troyat, en su libro *Juliette Drouet* (Flammarion, 1997) nos ofrece una cuidada biografía de esta mujer, biografía que nos lleva a conocerla en sus más íntimos recovecos y a admirarla por su sacrificio y por su fidelidad al amor de su juventud. Sin embargo no es la única fuente que puede permitirnos aproximarnos a la figura de esta importante mujer del siglo XIX. La correspondencia entre ella y el escritor constituye uno de los testimonios más importantes del siglo. Además, el propio Hugo hizo de su amante una hermosa semblanza a través de sus obras, dedicándole algunos de sus más inspirados poemas.

Juliette Drouet es un punto de referencia importante para el conocimiento del romanticismo, para el conocimiento de Hugo y del siglo XIX en general. Su caso es una prueba más de que la mujer desempeña en la vida de todo gran hombre un papel difícilmente apreciable y cuyo valor es muy arriesgado tasar.

Conocer a Juliette Drouet es conocer, pues, los entresijos de la cultura romántica, es conocer lo que la fachada altiva de un gran hombre podía ocultar. Juliette Drouet es la debilidad, el lado tierno y positivo de uno de los poetas más importantes del romanticismo francés, es sin duda alguna “su más bello amor”...

Àngels Santa